



Asociación Deportiva y Cultural
Dalma Daesa

Educación y códigos de nobleza

ARETÉ y BUSHIDO

Autor: Balaan

Fecha Publicación: Marzo 2011

Santiago – Chile



Introducción

“La educación es una función tan natural y universal de la comunidad humana, que por su misma evidencia tarda mucho tiempo en llegar a la plena conciencia de aquellos que la reciben y la practican” (Jaeger, 1987)

La educación es un producto cultural desarrollado durante siglos de experiencias colectivas de los pueblos, estos recogen sus distintas experiencias histórico cognitivas bajo una especie de “tradición colectiva”, y las cristalizan en conceptos que definen sus ideales de nobleza humana.

Fórmulas que expresan el óptimo de sus aspiraciones de conducta ante la vida y la muerte, los parámetros según la cual deben guiar sus vidas, cánones de conducta que aspiran a la máxima realización espiritual del individuo en sociedad, sin embargo como experiencia colectiva, no tiene una definición absoluta y precisa, sino que es mas bien una guía, un proceso en construcción, de un devenir existencial que cada individuo debe vivir por si mismo y en el cual se debe jugar su voluntad, bajo asumidas concepciones éticas y morales, para obtener una alta valoración de si mismo, su realización individual, que no esta ajena a la valoración social esperada bajo el escrutinio de sus pares, que no están exentos de esta realización.

Estos elementos culturales sin embargo, pueden contener procesos comunes a la naturaleza y aspiraciones de todos los pueblos de la humanidad y por ende factible de compararse, contrastando similitudes y diferencias específicas de ideales comunes de educación.

“La educación no es posible sin que se ofrezca al espíritu una imagen del hombre tal como debe ser. En ella la utilidad es indiferente o al menos, no es fundamental. Lo fundamental en ella es la belleza, en el sentido normativo de la imagen, imagen anhelada del ideal.” (Jaeger, 1987)

De esta manera, sería posible el ejercicio de comparar ideales de nobleza desarrollados por la experiencia milenaria de pueblos tan lejanos histórica y geográficamente como lo son la Grecia primitiva y el Japón feudal, solo como ejemplos de una comparación que podría aspirar a ser universal.

“La Caballería es una flor no menos indígena del suelo del Japón que su emblema, la flor del cerezo, y no es un ejemplar disecado de una antigua virtud, conservado en el herbario de nuestra propia historia. Sigue viviendo, fuerte y bello, entre nosotros, y aunque no se define en una forma precisa, no deja de perfumar la atmósfera moral, haciéndonos consientes de que aun vivimos sujetos a su poderoso encanto” (Nitobe, 2007)

Debemos considerar, sin embargo, que como ha ocurrido con todas las actividades humanas, con la cultura en general y la educación en particular, no han estado libres de la penetración tecnócrata, mercantilista y reduccionista del mundo moderno y postmoderno en un proceso histórico que sigue en marcha, y de esta manera estas “Artes” de la educación, procesos experienciales de ejercicio de la voluntad, métodos de educación integral, de una “Vía” hacia el “Sí” mismo más profundo del hombre, aparecen hoy en día, vulgarizadas al extremo de considerarlas como simples procedimientos funcionales a un sistema de mercado o constructos vagamente científicos, olvidando la naturaleza que le dio sentido, aducir del hombre su mas alta y pura nobleza o sea lo mejor de “Si”.

“La nobleza es la fuente del proceso espiritual mediante el cual nace y se desarrolla la cultura de una nación” (Jaeger, 1987)



Por otra parte, este ejercicio de comparación se puede ver frustrado por la falta de conocimientos sólidos sobre nuestras propias raíces culturales occidentales, es necesario estar cimentados en un profundo conocimiento de nuestra propia identidad cultural occidental y latinoamericana, para que la comparación con culturas tan aparentemente distantes sea fructífera y de esta manera no confundir lo aparentemente diferente pero que contiene el mismo sentido, de lo aparentemente igual pero con un sentido diferente; de lo diferente pero que no aporta nada constructivo, de lo diferente pero que es un aporte superlativo, de lo aparentemente igual pero de una diferencia de sentido trascendente de lo igual e insustancial.

Esta solidez cultural permite contrastar y comparar desapasionadamente los valores culturales ajenos integrando elementos de experiencia colectiva positivos al propio desarrollo humano.

“Un espíritu más grande, impuro, lleva el signo de lo femenino, y le es dada una matriz receptiva y fructífera que posibilita la re-creación de lo foráneo bajo forma conocida.” (Jung, 1955)

Esta identidad cultural, sin embargo, debe estar exenta de prejuicios que distorsionen la comparación de lo ajeno y le den la dimensión y valoración correcta a los elementos puestos en este ejercicio de comparación, de tal manera que la luz correcta y penetrante ilumine los preceptos que normalmente no se encuentran en la superficie de las formas culturales, sino que, más bien su esencia se encuentra penetrando y compenetrando dichas formas lo que les permite una subsistencia en el tiempo a través de la “tradicón colectiva” o experiencia cognitiva histórica colectiva.

“en contacto con civilizaciones extrañas los mediocres se pierden, ya en ciego desarraigo de si mismos, o en celo critico tan falto de comprensión como presuntuoso.” (Jung, 1955)

De esta manera premunido con las herramientas culturales correctas y con las precauciones adecuadas es posible acercar visiones de mundo aparentemente distantes y confusas, pero enraizadas en lo que podríamos llamar una “tradicón de la humanidad” reconociendo elementos comunes y diferentes, pero participes y colaboradores en el enriquecimiento colectivo.

Una experiencia que tiene raíces profundas en el tiempo y el devenir histórico de los pueblos, pero cuya reminiscencia inconsciente como un perfume natural de raras hiervas silvestres circula aun en el aire fresco de las montañas espirituales de nuestra maltratada naturaleza humana.

GRECIA: Homero y el Areté

La Grecia primitiva estaba habitada por pueblos de los que se conoce muy poco cuando fue invadida, primero por los Aqueos en el año 2.000 a. C. y luego por los Dorios en el 1.100 a. C., aproximadamente, tanto Aqueos como Dorios eran pueblos indoeuropeos emparentados racialmente con los pueblos que en épocas similares invadieron India y Oriente Medio, son pueblos que se encontraban en el centro de Asia y Norte de Europa en tiempos indeterminados por los historiadores modernos ya que no se cuenta con suficientes pruebas de sus desplazamientos.



Son un misterio pues no contaban con registros históricos propios, sólo tradiciones orales, y si consideramos que descendieron a las tierras del sur de Asia y Europa desde puntos indeterminados del centro norte de Eurasia, en las fechas antes señaladas, podríamos hacernos muchas interrogantes sobre su origen y procesos colectivos anteriores a esas fechas. Sólo sabemos que causan una revolución histórica por su gran capacidad guerrera, introduciendo nuevas tecnologías, concepciones religiosas, sociales y culturales en los lugares que invadieron. Finalmente Dorios y Aqueos se funcionaron culturalmente en lo que conocemos como Grecia.

La saga épica de los pueblos aqueos, se narra en los poemas homéricos que son los más antiguos textos épicos de la literatura europea, su origen se remonta al 750 a.C. aproximadamente, sin embargo, aunque se le atribuye su autoría a Homero, la "Iliada" que narra la "gran guerra" entre aqueos y troyanos es una prosa que recoge una larga tradición oral de narraciones que datan al menos del 1200 años a. C.

Los poemas homéricos, son la fuente de los ideales de educación griega que aunque es conocida como "Paideia", este resulta ser un concepto del clasicismo griego y no de sus fuentes más antiguas.

"No es posible tomar la historia de la palabra paideia como hilo conductor para estudiar el origen de la educación griega, como a primera vista pudiera parecer, puesto que esta palabra no aparece hasta el siglo V" (Jaeger, 1987)

Lo que queda expresado en toda la obra homérica es la búsqueda constante de un ideal caballeresco por parte de sus personajes, tanto dioses como hombres, este sentido ideal, de perfección de la existencia, se encuentra expresado en el concepto de "Areté" que no tiene una traducción literal al español.

"El castellano actual no ofrece un equivalente exacto de la palabra. La palabra virtud en su concepto no atenuado por el uso puramente moral, como expresión del más alto ideal caballeresco unido a una conducta cortesana y selecta y el heroísmo guerrero, expresarían acaso el sentido de la palabra griega" (Jaeger, 1987)

Homero narra la forma que tenían los griegos antiguos de entender y enfrentar la vida y la muerte, en un contexto guerrero, actos con los que cada uno de los personajes refleja ideales positivos o negativos de conducta en base a la mas alta valoración de si mismos, convirtiéndose no sólo en líderes combativos, sino arquetipos de conducta individual y colectiva, marcando lo que a la postre se entendería por ideales de educación en la Grecia clásica.

"El tema esencial de la historia de la educación griega es más bien el concepto de Areté" (Jaeger, 1987)

Específicamente el concepto de Areté describe a un hombre que contiene en si mismo todas las virtudes humanas posibles de ser dimensionadas por la mentalidad griega antigua y cuya aspiración individual y ejecución tangible y publica, es la búsqueda de toda vida que vale la pena de ser vivida, aunque sea corta, como lo es en la elección de Aquiles, la historia de los griegos de Homero es la historia de los hombres con Areté, los que merecen ser mencionados porque son incluso reconocidos por los dioses en su valor. Son hombres física, intelectual y espiritualmente dotados, con herencia de linaje de nobleza heroica.

"En general designa, de acuerdo a la modalidad de pensamiento de los tiempos primitivos, la fuerza y la destreza de los guerreros o de los luchadores y ante todo el valor heroico considerado no en nuestro sentido de acción moral y separada de la fuerza, sino íntimamente unido." (Jaeger, 1987)



Si nos introducimos en lo profundo de este ideal de nobleza, este representa la concentración de todas las virtudes heroicas, que vinculan al hombre, místicamente, con los dioses en una genealogía espiritual y carnal. Los hombres son poseedores de múltiples cualidades que implican la concepción de un hombre integro al modo de entender de los griegos, poderoso y bello, consiente y virtuoso; libre por derecho propio, conjugando toda la potencialidad de su ser, ejerciendo una poderosa voluntad, hasta superar los límites de lo humano y adquirir una condición intermedia entre los dioses y los hombres.

“La lucha y la victoria son en el concepto caballeresco la verdadera prueba del fuego de la virtud humana. No significa simplemente el vencimiento físico del adversario,, sino el mantenimiento de la Areté conquistada en el rudo dominio de la naturaleza” (Jaeger, 1987)

Cuando un hombre adquiere esta condición intermedia se convierte en un “héroe”, el cual junto a dioses y semidioses son los personajes fundamentales de la saga de los guerreros de Homero, sus protagonistas. Aquiles y Héctor son los personajes principales de esta saga, héroes antagonistas que quedaron indeleblemente gravados en la memoria colectiva de occidente.

“Al lado de la acción, estaba la nobleza del espíritu, y sólo en la unión de ambas se hallaba el verdadero fin” (Jaeger, 1987)

Cuando Héctor, héroe troyano y por definición humano con todas las limitaciones que ello implicaba, debe salir a enfrentar a Aquiles, quien es inmortal por herencia divina materna, es requerido por Andrómaca, su mujer, quien con su hijo en los brazos le recrimina el hecho de enfrentar al mejor de los griegos y el mejor de su estirpe, nadie lo podría culpar por no acudir a tan desigual combate.

“¡Desdichado! Tu furia te perderá. Ni siquiera te apiadas de tu tierno niño ni de mi, infortunada, que pronto viuda de ti quedaré” Andrómaca a Héctor (Homero, 1982)

Héctor es consiente de su destino y es su sentido del deber, de honor y honra, lo que lo impulsa a regresar al combate, los héroes como humanos que son, están sometidos al sino de los hombres; el sufrimiento y la muerte, a diferencia de los dioses que viven despreocupados expresando sus pasiones a voluntad a través de poderosas fuerzas naturales, influenciando y manipulando el destino de los hombres.

“También a mi me preocupa todo eso, mujer; pero tremenda vergüenza me dan los troyanos y troyanas, de rozagantes mantos si como un cobarde trato de escabullir lejos del combate (...) mas no me importa tanto el dolor de los troyanos (...) como el tuyo cuando uno de los aqueos, de bronceína túnica, te lleve envuelta en lagrimas y te prive del día la libertad” Héctor a Andrómaca (Homero, 1982)

Aquiles por su parte sabe que con la muerte de Héctor a sellado su propio destino, pero la muerte no es más que el fin natural de una vida heroica y victoriosa, marcada por el “Hado” y plena de Areté, infinitamente superior a la vacuidad humana de una vida mediocre y sin sentido.

“Característica esencial del noble es en Homero el sentido del deber. Se le aplica una medida rigurosa y tiene orgullo de ello. La fuerza educadora de la nobleza se halla en el hecho de despertar el sentimiento del deber frente al ideal, que se sitúa así siempre ante los ojos de los individuos” (Jaeger, 1987)



Los hombres con Areté, aquellos que han sido educados para “ser decidor de palabras y autor de hazañas” (Homero, 1982) como le recordaría el viejo maestro Fénix a Aquiles, entre otros insignes héroes griegos, que gracias a sus múltiples cualidades y sacrificios se superan a sí mismos elevándose por sobre la fragilidad de la naturalezas humanas, ejerciendo poderosas voluntades, se acercan a los dioses con la esperanza de la “fama” que otorga honor y trascendencia a la existencia mortal.

“Entiéndase bien el “yo” no es el sujeto físico, sino el más alto ideal del hombre que es capaz de forjar nuestro espíritu y que todo noble aspira a realizar en si mismo” (Jaeger, 1987)

Para este pueblo, la belleza era objeto digno de esfuerzo, objetivo precedido de la idea del más alto honor. Las festividades griegas estaban estrechamente relacionadas con la danza, la literatura, la música, el teatro, los juegos y todo tipo de ejercicios combativos, todos integrados en un ideal heroico vivo, expresión de la nobleza del espíritu que parte gestándose en pequeños grupos aristocráticos y que terminan convirtiéndose en formulas éticas que inunda la espiritualidad de todo un pueblo que aspira a un ideal colectivo de educación.

“Íntimamente vinculado al Arte se halla el honor. En los primeros tiempos era inseparable de la habilidad y del merito” (Jaeger, 1987)

Atenienses y Lacedemonios; ecos del pasado.

La institución de la ciudad (Polis) que impartía la enseñanza en la Grecia del siglo V a.C. era el Gimnasio, de la raíz griega “Gymnos”, desnudes. Los ciudadanos-guerreros griegos entrenaban bajo las órdenes del gimnasiarca; la enseñanza comprendía todo tipo de ejercicios físicos, juegos, luchas y armas, pero también la música, la danza, poesía, religión y literatura que estaba basada fundamentalmente en los poemas de Homero, que narraban las vidas y obras de los héroes griegos, arquetipos de conducta guerrera.

Si bien todos los griegos compartían los ideales de la Paideia, y lo ponían a prueba entre sus pares en los “juegos” de los cuales los más famosos eran los de Olimpia; hay dos ciudades que son ejemplo del más puro espíritu griego. Una de ellas, Esparta o “Lacedemonia”, ciudad mediterránea celebre en la Hélade no sólo por su estilo de vida simple, austero y de disciplinado comportamiento individual, sino también, por su alto grado de eficacia colectiva en combate y que dio muestra del más sublime de los sacrificios al enfrentarse a los Persas, la potencia de la época, de una superioridad numérica abrumadora en el famoso paso de las Termopilas entregando la vida en la defensa de Grecia y dejando un recuerdo indeleble de heroísmo en defensa de la libertad, en la memoria de occidente.

“Atacados de frente y por la espalda, los espartanos combatieron hasta la muerte y los persas tuvieron que pagar un sangriento tributo para forzar el paso. Con un valor sobrehumano, los espartanos y sus compañeros de armas facilitaron la retirada del grueso del ejército y consiguieron así una victoria moral” (Grimberg, 1985)

La otra ciudad es Atenas, ciudad orientada al comercio y el poder naval. Contra el mismo enemigo y sin ninguna esperanza, enfrentaron un desembarco persa al norte de la ciudad, en las llanuras de Maratón y con sus fuerza navales la decisiva batalla de Salamina, las fuerzas enemigas contaban, según Heródoto con 600 barcos y aproximadamente 200.000 a 600.000 hombres y las bajas habrían sido de 6.400 persas y 192 atenienses.



“Los atenienses habían obtenido una gran victoria, no sólo para sí mismos, sino también para toda Grecia. El éxito era de ellos y del gran estratega Milciades. Habiendo rechazado a un enemigo superior en número, temido en el mundo entero y considerado como invencible, los griegos vieron ahora el porvenir con confianza” (Grimberg, 1985)

Recordar, además, que Milciades envió a un mensajero a informar a Atenas de la inesperada victoria, éste corrió los 42 kilómetros que separan Maratón de la ciudad griega y después de dar su grito de victoria, cayó muerto de agotamiento, acontecimiento que se recuerda en cada evento olímpico moderno.

Concluidas las guerras medicas, libres de la amenaza de esclavitud, ambas ciudades griegas no solo lideraban la Hélade, sino eran los referentes culturales y la reserva moral de la nación griega, estos enfrentamientos con los persas despertaron un poderoso sentido de identidad en las ciudades griegas. Atenas y Esparta rivalizaron por la hegemonía hasta finalmente debieron enfrentarse, lo que significó el colapso del mundo clásico griego.

Sin embargo es Atenas quien hizo los principales aportes culturales a la posteridad; el personaje más destacado del “periodo de oro” es el político Pericles, ideólogo de la grandeza de Atenas, que la proyectó como referente de civilización, y que definió el espíritu griego cimentando las bases de la cultura occidental.

“Amamos la belleza con sencillez y el saber sin relajación. Nos servimos de la riqueza más como oportunidad para la acción que como pretexto para la vanagloria, y entre nosotros no es motivo de vergüenza para nadie reconocer su pobreza.” Pericles, Discurso fúnebre (Tucidides, 1982)

De las ciudades griegas, fue Atenas capaz de autodefinirse, conjugando su pasado y su presente, vivir en consecuencia a aspiraciones ideales de libertad, como ecos de un pasado glorioso y un presente a la altura de ese pasado legendario.

“Comenzaré, ante todo, por nuestros antepasados. Es justo, a la vez que adecuado en una ocasión como esta tributarles el homenaje del recuerdo. Ellos habitaron siempre esta tierra y, en las sucedentes generaciones, nos la han transmitido libre hasta nuestros días gracias a su valor.” Pericles, Discurso fúnebre (Tucidides, 1982)

Definiciones que no sólo fueron relevantes para la cultura griega, sino que proyectaron aspiraciones ideales de libertad y convivencia colectiva que han alimentado la imaginación y aspiraciones de la civilización occidental, que aunque manipulada y tergiversada no deja de permanecer en la “memoria colectiva” de occidente como aspiración de convivencia social y valores cívicos individuales; el “ciudadano”, guerrero y poeta, habitante comprometido de la ciudad, participe integral de la vida colectiva con valores individuales de aspiraciones ideales colectivas.

“Tenemos un régimen político que no emula las leyes de otros pueblos; y más que imitadores de los demás, somos un modelo a seguir. Su nombre, debido a que el gobierno no depende de unos pocos sino de la mayoría es democracia” Pericles, Discurso fúnebre. (Tucidides, 1982)



JAPON y EL BUSHIDO

“Un samuray debe ante todo tener constantemente en mente, día y noche, desde la mañana de año nuevo, cuando toma sus palillos para desayunar, hasta la noche del último días del año, en que paga sus facturas, el hecho de que un día ha de morir.” (Yuzan, 1998)

El desarrollo natural de siglos de experiencia combativa y en particular, las guerras civiles que asolaron al Japón a partir del siglo XII, forjaron una casta de curtidos guerreros probados en fuerza y valor. Surgía en el paisaje histórico del Japón feudal una especie de “nobles armados”, los samurái.

El “Samurái”, guardián-acompañante, o “Bushi”, palabra que significa noble-guerrero, se aplicaba a todo miembro de la clase guerrera, independientemente de su escalafón jerárquico. Desde 1192 a 1868 los señores feudales o “Daimyos”, encabezaron los clanes samurái y gobernaron el país manteniendo al emperador en su exclusiva función religiosa, como sumo pontífice del Shinto.

Sin embargo, al samurái se le exigía algo más que una armadura y una espada. La parte central de su formación era espiritual y moral: un código oral basado en una amplia experiencia colectiva, no escrita, de valor y lealtad personal a toda prueba. El código conocido como “Bushido” o “El camino del guerrero”. Como código ético permitió al guerrero, cumplir su deber dentro de los límites de lo correcto.

“Puesto que el samuray se halla a la cabeza de las tres castas sociales y tiene el deber de hacerse cargo de la administración. Le incumbe tener una buena educación y un amplio conocimiento de la razón de las cosas” (Yuzan, 1998)

El código del Bushido es un resumen no escrito, hasta 1905 por Inazo Nitobe, de normas de conducta individual y colectiva que reflejan el ideal de nobleza caballerisca que inspiraba a los guerreros del Japón feudal; el respeto a los antepasados y el amor filial predisponían a una conducta respetuosa y los requerimientos mismos de la guerra una forma de vida estoica y serena frente a la adversidad, cada clan tenía sus propias interpretaciones y énfasis en la concepción del bushido, por razones literarias Nitobe los resumió en siete principios fundamentales; Justicia, Valor, Benevolencia, Cortesía, Veracidad, Honor y Lealtad.

Sin embargo, no hay que entender este código como una lista de conceptos rígidos, sino como la extracción sucinta de una gran gama de tradiciones orales transmitidas de boca a oído, de generación en generación, la propia idiosincrasia oriental hace pensar que gran parte de las tradiciones no llegaron a escribirse, sino que se aprendían de memoria a la manera de los “sutras” budistas, por ello la mayor fuente de transmisión de la experiencia colectiva eran precisamente las tradiciones familiares heredadas de los antepasados, en un proceso de recreación y reinterpretación constante por parte de los Bushi.

“Aunque el Bushido implica ante todo y de forma natural cualidades de fortaleza y de fuerza, tener exclusivamente desarrollado este aspecto significa ser un samuray tosco que no cuenta mucho” (Yuzan, 1998)

El Bushi, se entrenaba desde niño, para dominar el miedo y templar el carácter, se adiestraban en el uso de variadas armas, pero particularmente en el sable y el arco considerados como elementos místico-simbólicos de relevancia social, además de todo tipo de ejercicios físicos aprendían, equitación, táctica, caligrafía, literatura, filosofía, teología y la historia de su clan, la que consideraba sagrada.



“es el autocontrol severo lo que constituye el principio del valor” (Yuzan, 1998)

Además de la tradición oral o la expresión de esta experiencia colectiva la cultura japonesa feudal así como el código del Bushido fueron fuertemente influenciados por religiones autóctonas como el Sintoísmo y foráneas como el Budismo particularmente de la secta Zen.

“Lo que el budismo no pudo dar, el shintoísmo lo ofreció en abundancia” (Nitobe 2007)

El Sable o “Katana”, era toda una creación artístico-religiosa de exquisita belleza y eficacia, su constructor no era un artesano ordinario, sino un sacerdote-artesano de gran valoración social, que normalmente pertenecía a un clan específico marcando con su gusto artístico toda la arsenalería del clan y que siguiendo antiguas tradiciones, consideraba su construcción como un acto místico de fuerte influjo sintoísta.

La hoja representa el alma del samurái, cuyo filo es el espíritu que manifiesta su voluntad de crear o destruir. La guarda o tsuba, representa el límite entre el cielo y la tierra, armonía por oposición o Yin-Yang, y el mango o empuñadura es la conciencia que decide en libertad sus propios actos y se responsabiliza de ellos, y su vaina la materialidad de la naturaleza humana.

El sable entonces representaría el alma y la voluntad de su portador, y la vaina el cuerpo físico, que la alberga, mantenerla siempre reluciente y limpia una responsabilidad permanente del samurái, ya que expresa su propia personalidad y siempre como si fuera la última vez.

“cuando un samuray entra en batalla y realiza valientes y espléndidas proezas adquiriendo gran fama, lo logra sólo porque se había decidido a morir” (Yuzan, 1998)

Los guerreros samurái, siguen una estricta etiqueta de cortesía y respeto, les iba la vida en ello, pero no sólo en sus compromisos cortesanos, sino que también en la guerra, antes de entrar en batalla los combatientes destacados solían gritar su nombre y pararse desafiantes frente al enemigo, haciendo alarde de valor, destacando su linaje y hazañas, pues estaban muy interesados en individualizarse y destacarse en la batalla frente a sus pares y enemigos. Sin embargo una vez terminada la batalla, era de buen gusto destacar las cualidades del adversario.

“el mejor enemigo es aquel, que en paz, merece ser nuestro mejor amigo” (Nitobe, 2007)

El honor y la fama son muy importantes en las aspiraciones de gloria del Bushi, la valoración de sí mismos y su trascendencia social. El honor trasciende a través de la honra perpetuando su nombre en la memoria colectiva, sin embargo hay que comprender el honor dentro de los límites que permite la propia tradición.

“El sentimiento del honor, implica una conciencia clara de dignidad y del merecimiento personal.” (Yuzan, 1998)

El honor y la honra, son la aspiración del Bushi, que es heredada a sus descendientes y que es parte del culto propio a los antepasados en concordancia con la religiosidad animista familiar del Shinto, que considera a los antepasados como participes activos de los destinos familiares y dignos de todo respeto, pero a quienes también se les jerarquiza según sus hazañas.



*“El honor considerado como justa valoración de uno mismo, conduce a la valoración de los demás y este principio del Bushido elevado a su máxima expresión filosófica, se transmuta en comprensión y amor”
(Nitobe, 2007)*

A fines del siglo XIX el emperador abolió el feudalismo, los privilegios de los clanes y la institución del samurái, iniciando un periodo histórico conocido como “restauración Meiji”, que es el inicio de una rápida industrialización del país.

Una parte de los clanes samurái se resistieron a los cambios, sin embargo tras una corta guerra civil, caracterizada por el uso masivo de modernas armas de fuego por parte del naciente ejército imperial, concluyó con la derrota de los rebeldes y finalmente los sobrevivientes que no se suicidaron se asimilaron a la modernización del Japón marcando el fin del feudalismo japonés.

“Bushido es la aceptación total de la vida, vivir incluso cuando no tenemos deseos de vivir” (Yamamoto, 2005)

La flor del cerezo es el símbolo tradicional del samurái, por su belleza y simplicidad, el director de cine japonés Akira Kurozawa en su película “Sueños” inmortalizó este simbolismo al presentar en sus imágenes un jardín de cerezos en flor siendo desojados por el viento, como símbolo de la pérdida de la belleza natural del suelo japonés.

Curiosamente el mismo ejército moderno que sofocó la rebelión de los clanes tradicionalistas, fue el mismo que abuso de la imagen del samurái para arengar publicitariamente a sus tropas y justificar la divinidad de sus actos de abuso en la segunda guerra mundial.

“Ser inestable y no distinguir entre lo justo e injusto es contrario a la razón, de modo que cualquiera que comprenda esta distinción pero siga obrando mal, no es un autentico samuray” (Yuzan, 1998)

Conclusiones

Comparar la Grecia primitiva y el Japón feudal es un ejercicio aparentemente complejo no sólo por la distancia histórica y geográfica sino también por las diferencias culturales, y las limitaciones naturales de este trabajo, pero entre tantas y amplias diferencias encontramos evidentes similitudes que podríamos llamar “ideales comunes”; ideales de nobleza caballeresca, ideales de educación en el sentido de búsqueda de perfección y de superación de las limitaciones humanas a través del ejercicio de la voluntad, de poder y belleza en un sentido integral de la palabra, física, intelectual y espiritual, y jamás pasivo a la manera del misticismo cristiano, sino como ejercicio volitivo, de apropiación de la belleza, como un deber que merece todo esfuerzo y sacrificio, restándole poder a la muerte que se transmuta en un último y glorioso corolario de la vida, expresión consumada de la sublime belleza de una vida plenamente vivida.

Ideales comunes, que originalmente se incuban en grupos aristocráticos reducidos con aspiraciones de liderazgo, pero también de perfección y superación, de búsqueda de una diferenciación mística-cultural basados en una profunda tradición colectiva de orígenes primitivos y caóticos, de fuerza y valor, que generan tradición de conducta, admiración y respeto colectivos que terminan influenciando a toda la comunidad y sus respectivas



naciones, que trasciende las generaciones convirtiéndose en historia-religión, donde las fuerza mística y los actos humanos se entremezclan en una sinfonía de naturaleza indefinida, un atañor histórico que ha fuego y golpes a la manera de la fragua del herrero Hefaiostos o del constructor de espadas Masamune, crean y recrean notas de sinfonía humana que producen obras maestras de tradición oral en su más prístina pureza y que pálida, y tardíamente se expresan en la palabra escrita.

“cuando sólo eras un niño ignorante aun del combate, que a todos iguala, y de las asambleas, donde los hombres se hacen sobresalientes” Fénix a Aquiles (Homero, 1982)

“El dominio de la palabra significa la soberanía del espíritu” Fénix (Jaeger 1987)

Cuando se comparan los concepto de Areté y Bushido, se puede hablar de códigos conceptuales heredados por la experiencia colectiva de pueblos milenarios que comprometieron sus conductas en el cumplimiento de un deber ideal de nobleza caballerisca que les repararía honor y gloria, los materiales indispensables para trascender la muerte, a través del respeto que genera el recuerdo colectivo, la fusión con el colectivo, la entrega heroica, formulas únicas de enfrentar la vida, consiente y libremente, asumiendo sus consecuencias como parte integral de un devenir lleno de belleza.

“Fénix: Y te crié hasta hacerte como eres, Aquiles parecido a los dioses” (Homero, 1982)

¿Podrían re-crearse ideales de nobleza?

“Cuando miro a la sociedad, veo que la gente convierte las artes en ganancias comerciales; se considera a sí misma como mercancía e incluso lleva a cabo mejoras como si fuera un objeto de comercio. Distinguiendo lo superficial y lo sustancial, encuentro que esta actitud tiene menos realidad que la decoración” (Musashi, 2006)

La globalización económica, tecnócrata amoral, inhumana y fría, que traduce todo acto a costo beneficio en una lógica de mercado donde la principal mercancía es la vida humana, poniendo precio a la vida, reduciendo la educación a la funcionalidad más estricta, promotora del culto a lo impersonal, intrascendente, superficial y feo, manipuladora del temor a la muerte, es incapaz de comprender la belleza como aspiración moral.

“El signo menos equivoco de menospreciar a los hombres es o valorarlos sólo como medios de nuestros propios fines, o no concederles valor alguno” (Nietzsche, 1993)

Por su parte las democracias contemporáneas comprometidas con el neoliberalismo tampoco dan espacio a la re-creación de expresiones colectivas, sino que más bien tienden a concentrar su atención en necesidades que sustentar la lógica mercantil.

“Vivimos en una época en la que la cultura corre el peligro de desaparecer a causa de sus medios de civilización” (Nietzsche, 1993)

El cristianismo ejerce su vocación hegemónica y se comporta como una transnacional del espíritu, dominante y excluyendo de toda posibilidad de intercambio cultural colectivo que no este bajo su control ideológico, creadora de la muerte como fetiche religioso funcional a su plan de “Dominus Omni Mundi”.



“Los hombres han dividido el mundo en cristianos y paganos, sin considerar cuanto bueno puede haber oculto en este y cuanto de malo puede estar mezclado en aquel. Han comparado lo mejor de si mismos con lo peor de sus vecinos” (Nitobe, 2007)

Son tiempos de miseria, decía Heidegger, pero también de insospechadas fuerzas que como napas se mueven por los subterráneos de la humanidad filtrando el comportamiento cotidiano de los individuos.

La penetración del Budismo zen, la medicina china, las artes marciales, el manga y muchas otras expresiones culturales orientales en occidente se fusionan con elementos culturales aparentemente disonantes, pero que parecen convivir e integrarse con mucha fuerza e incorpórense a la vida cotidiana de las más diversas formas, son elementos que van provocando efectos acumulativos en las sociedades occidentales y que van produciendo nuevas formas no completamente comprendidas, creando nuevas contradicciones en sociedades que requieren re-crearse a si mismas frente a una realidad histórica inédita y desafiante.

*“la comunio spiritus, esa muy íntima trasfusión de interpenetración que prepara el nuevo nacimiento.”
(Jung, 1955)*

Los propios deportes, han rescatado la vieja tradición de los “juegos” griegos en las modernas olimpiadas, recuerdo sutil, manipulado y reducido, pero presente, incorporando además las artes marciales orientales como deportes populares, fusionando formación guerrera y juegos recreativos, tal vez con superficialidad pero vitales y colectivamente vigentes.

“Cuando el hombre se acostumbra a no exigir nada a los demás y a darles siempre algo, se comporta noblemente sin pretenderlo” (Nietzsche, 1993)

En estos tiempos de escepticismo, América Latina se expresa como un crisol de razas y culturas que se muestran caóticas, confusas e irracionales al espectador despreocupado, pero receptiva y “femenina” a la manera del Dr. Jung. Brasil el gigante sudamericano, es la demostración más clara de esa sociedad “impura”, “femenina”, receptiva y caótica que permite la fusión de fuerzas humanas encontradas y en continua re-creación, sin demostrar estabilidad alguna o sea vital y dinámica a la manera de las fuerzas telúricas de la humanidad, de donde pueden surgir insospechadas acumulaciones de experiencia colectiva que estallen en nuevas expresiones de humanismo que sinteticen ideales de nobleza.

*“El cielo se desintegra y se transforma en polvo
La gran tierra se vuelve apacible y nadie puede verla.
El árbol seco hace que florezca bruscamente su única flor.
Llamando de nuevo una primavera más allá de la historia”*

*Enseñanza de Daishi al Samurai Kikuchi en la nieve
(Deishimaru, 2004)*



Bibliografía

Werner Jaeger

“Padeia: los ideales de la cultura griega”

Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1987

Titulo original: “Paideia, Die Formung des Griechischen Menschen”

Traducción de Joaquín Xirau (Libros I y II) y Wenceslao Roces (Libros III y IV)

Carl Gustav Jung y Richard Wilhelm

“El secreto de la flor de oro; un libro de la vida chino”

Editorial Paidós, Buenos Aires 1955

Titulo original: “Das Geheimnis der goldenen Blute; Ein chinesisches Lebenbush”

Zurich 1929

Traducción de Roberto Pope, supervisado por Enrique Bitelman

Friedrich Nietzsche

“Humano, demasiado humano”

M.E. Editores, España 1993

Estudio preliminar Enrique López Castellón

Traducción: Eduardo Fernández González y Enrique López Castellón

Abraham Haber

“Jung y el principio de sincronicidad, arquetipos y símbolos”

Editorial E. Santiago Rueda, Buenos Aires 2005

Homero

“Ilíada”

Editorial Gredos, S.A., Madrid 1982

Introducción, traducción y notas de E. Crespo

Índice onomástico de M. Cuesta

Revisión de C. García Gual

Tucidides

“La guerra del Peloponeso”

Editorial Gredos S.A., Madrid 1982

Introducción general, traducción y notas de Juan José Torres Esbarranch

Inazo Nitobe

“Bushido; preceptos de honor de los samurais”

Editorial Quadrata, Buenos Aires 2007

Traducido por Carlos Balmaceda



Daidoji Yuzan

“El código del Samurai; el espíritu japonés y la vía del guerrero”

EDAF S.A., Madrid 1998

Versión de A. L. Sadler

Titulo original: “The Code of Samurai”

Traducido por Alfonso Colodron

Yosho Yamamoto

“Hagakure; el libro del samurái”

Ediciones Saga, Mendoza. Argentina 2005

Adaptación Ana María Díaz

Miyamoto Musashi

“El libro de los cinco anillos; la estrategia del guerrero”

Ediciones Saga, Mendoza Argentina 2006

Adaptación Ana María Díaz

Taisen Deishimaru

“Zen y Artes Marciales”

Titular original: “Zen and Matial Art”

Zen Edition Retz 1981

Edición Castellana Editorial Kairos S.A., Barcelona 2004

Traductor: Docusho Vollalba